



► 6 Febrero, 2015



ASIER ALCORTA

El equipo: Rosario Rubio, enfermera educadora de la Unidad de Endocrinología y Diabetes del hospital Infantil del Miguel Servet con Miguel Panisello (diabético, que muestra la bomba de insulina que utiliza). Detrás, Marta Ferrer y Graciela Lou, endocrinólogas y diabetólogas de esta misma unidad clínica.

Aumenta en Aragón el número de menores con diabetes

Los tratamientos con bombas de insulina mejoran la calidad de vida de estos enfermos ya que les dan mayor autonomía y les evitan pinchazos

ZARAGOZA. La cifra de niños con diabetes de tipo 1 (enfermedad de origen autoinmune y metabólico, en la que el cuerpo deja de producir insulina) está aumentando en los últimos años en Aragón. Marta Ferrer, endocrinóloga de la Uni-

dad de Diabetes del hospital Infantil del Miguel Servet así lo explicó ayer aprovechando la campaña puesta en marcha por la Federación de Diabéticos Españoles (FEDE) con el objetivo de aumentar el uso de las bombas de insulina entre los menores.

Ferrer apuntó que esta dolencia ha visto aumentar su incidencia en todo el mundo. De hecho, a la Unidad del Infantil (que es el centro de referencia en Aragón para el tratamiento de esta enfermedad en menores de 18 años) llegan anualmente entre 25 y 30 nuevos

casos de niños diabéticos. En la actualidad, en este hospital se lleva alrededor de 250 pacientes. Ferrer hizo mención también a una tendencia que está en alza: el aumento de niños a los que se les diagnostica la diabetes antes de los cinco años. «La edad media en la que se hace notar la enfermedad es a los 8 años. La mayoría de los menores que tratamos nosotros está entre 10 y 14, pero cada vez tenemos más niños menores de cinco», explicó.

La endocrinóloga del Infantil reconoció que esta es una enfer-

medad «difícil» tanto para los pacientes como para sus familias: «Requiere unos controles estrictos de lo que comen, les exige hacerse continuas pruebas de glucemia (azúcar en sangre) y la administración diaria de varias inyecciones de insulina», señaló.

Cambio radical

Maite Delgado, madre de Miguel Panisello, se mostró de acuerdo: «Un diagnóstico de diabetes en un niño -reconoció- es un auténtico shock para todos». A su hijo, que ahora tiene 13 años, le diagnosticaron la enfermedad con 5 y desde ese momento, a la familia le cambió la vida: «Tienes que aprender a controlar las cantidades de carbohidratos que tienen los alimentos, a pesarlos, cocinarlos de otro modo y estar al día de qué marcas no tienen azúcares añadidos», relató. Y a llevar un control permanente del nivel de azúcar en la sangre (deben hacerse un test en cada comida, lo que representa una media de cuatro o cinco diarios) y a inyectarse insulina (otros siete pinchazos, como mínimo).

De ahí que apoye la utilización de la bomba de insulina, un dispositivo del tamaño de un móvil que a través de un catéter administra las dosis de insulina de forma continua. La máquina -un «minigoteo» o «jeringuilla sofisticada», como la definió Rosario Rubio, enfermera educadora de la Unidad- da una libertad y autonomía a los chavales impensable si deben estar pendientes de pincharse.

La bomba no evita llevar un control estricto de los alimentos ni de hacerse los controles habituales de glucemia, pero es un dispositivo que permite adaptar mejor el tratamiento de insulina a las necesidades de cada paciente y les evita los pinchazos para inyectarse el fármaco. A pesar de que no todos los pacientes son candidatos a este tratamiento es un método cuya implantación irá en aumento.

B. TRAVESÍ